

## País

# El peso de la púrpura

**E**L primer día que me percaté de que el rostro de Felipe González había súbitamente cambiado a peor, fue cuando hace una semana comentó la eventual lista de Gobierno. Sí, la huella característica del cansancio infinito se había apoderado del personaje. El aire risueño, casi festivo, que solía distinguir una testa hecha de curvas amables y sobre todo iluminada por una juventud de mucho empuje; la sonrisa, presta a florecer; la mirada, despierta, vivaz; un aire entre deportivo y dinámico; pues bien, todo eso había súbitamente desaparecido en horas veinticuatro. Ojeras muy oscuras y hasta abultadas subrayaban unos ojos sin brillo, fatigados; su aspecto general era parecido al de quien lleva unas jornadas desvelado, sin haber tenido siquiera la oportunidad de dar unas cabezadas; el talante, grave y muy preocupado.

Esa fue casi la misma imagen que percibí en el trascendental momento de pronunciar el discurso de investidura. De ahí que un hombre con reconocida facilidad de palabra, aplomo y tan seguro de sí mismo, cometiera tantas equivocaciones y titubeos en la lectura del texto programático.

Cuán errado iba aquel estadista que hace ya más de medio siglo sentenció que la gobernación de la cosa pública acabaría por ser tan simple que hasta una cocinera podría dirigir una nación.

La complejidad de la gestión, la cantidad inhumana de trabajo, pero más que nada la responsabilidad enorme hacen que ahora más que nunca los políticos gobiernen bajo una tensión brutal. Hay quienes insiste en aquello de la erótica del poder; de ser cierto tal aspecto, sospechoso que habida cuenta de las especiales circunstancias no podrán siquiera entender ni disfrutar de ese eventual deleite.

**Lluís PERMANYER**